

# NOTAS

## CROCE Y EL FASCISMO: UNA VALORACION CRITICA

Quizá pudiera interesar al estudioso de la Historia el hecho de que, también, Croce expresara puntos de vista discordantes e inseguros acerca de los orígenes del fascismo. No queremos recordar la preferencia y la estima que el filósofo napolitano manifestó para con el movimiento de Mussolini de 1919, considerado como «restaurador de la libertad nacional y portador de savia y energía a la vacilante democracia»; más bien queremos ocuparnos de los sucesivos replanteamientos aparecidos en opúsculos, artículos periodísticos y libros.

En efecto, el fascismo no tuvo, en sus orígenes, una verdadera y propia teoría ético-política; Mussolini y sus seguidores consideraban, ante todo, que una rigurosa definición de las tareas y de los fines que el partido se proponía conseguir supondría una rémora para el activismo, la valentía, la iniciativa que hubiera debido distinguir a todos los adictos al movimiento.

Por este motivo, podemos decir que, a diferencia de la Revolución francesa y de la rusa, la revolución fascista no tuvo una preparación doctrinaria más o menos larga, sino que fue fruto de un clima de incertidumbre, de perplejidad y de temores surgidos en el país tras la primera guerra mundial.

Sólo una vez conquistado el Poder, se trató de dar a la ideología del partido una apariencia sistemática en cuanto doctrina, pero, como siempre, se trató de una sistematización *post eventum*, empeñada en el esfuerzo de conferir organicidad y coherencia a un movimiento que, también, había nacido de la cooperación entre elementos tan heterogéneos como los ex socialistas, los republicanos desilusionados, los nacionalistas y otros.

El fascismo consideró oportuno despertar, de nuevo, en la conciencia del pueblo elementos latentes que nunca se habían apagado; por ejemplo, el amor al heroísmo, a la patria, a la nación, e identificó y reconoció en las impo-

nentes asambleas del pueblo una adhesión unánime a sus principios que, en efecto, sólo era superficial.

Los fascistas dedujeron de D'Annunzio actitudes y preferencias sobrehumanas y, con D'Annunzio, sostenían que «el peligro es el eje de la vida sublime».

Los estudiosos del partido trataron de vencer la antinomia dominante en la sociedad de aquella época y creyeron superadas las diferencias que separaban al capital del trabajo, al individuo de la masa, al pueblo de los líderes, y, mediante una serie de decretos, expusieron lo que, según su parecer, debería ser considerado como «el nuevo orden» que el partido, al transformarse en régimen, quería conferir a la nación.

En líneas generales, podemos decir que el fascismo tendía a ser el promotor de una nueva vida espiritual, bajo las directrices de su líder, quien sostuvo que el partido no quería *rehacer las formas de vida humana sino su contenido y su fe*.

Por consiguiente, el fascismo no coloca a la base de su teoría y de su práctica al coherente y fundamentado razonamiento, sino la fe en algunos valores destinados, por lo menos en la intención de sus instigadores, a perdurar en la conciencia de los italianos. De aquí nace la denominada «mística del fascismo», que encontró en Arnaldo Mussolini, hermano de Benito, su primer teorizador y cultivador. Con la ... fuerza de esta mística, el fascismo intentaba contrastar tanto la propagación de la civilización americana, considerada mecanicista y deshumanizada, como el bolchevismo y todas las ideologías humanitarias que se inspiraban de manera directa o indirecta en el socialismo reformista.

Los teóricos del régimen consideraban que la espiritualidad fascista era típicamente latina y, por ello, esencialmente equilibrada; mientras tanto, las ideologías y los credos de los otros movimientos políticos, cuando no eran declaradamente materialistas, se inspiraban, más o menos secretamente, en el hedonismo, en el espíritu de casta y en la facción.

Convendría recordar que el fascismo nunca se declaró antidemocrático, sino más bien antiliberal y antiparlamentario; se opuso al liberalismo porque éste, al negar la intervención y la acción del Estado en la vida económica, «destruía la concordia nacional y daba paso a la plutocracia y a la demagogia»; se opuso al Parlamento en cuanto lo consideró, injustamente, como institución superada y carcomida por las contradicciones internas.

En un discurso pronunciado en el año 1934 en Milán, Mussolini explicaba que los conflictos laborales nunca deberían ser resueltos mediante la huelga, y que la definición más exacta de los conflictos individuales y colectivos sólo podría derivar de una reelaboración del Derecho del trabajo.

Del mismo modo, el fascismo negó también toda separación entre actividad teórica y actividad práctica, y sostuvo que cada pueblo alcanza un nivel psicológico y humano al que deben corresponder adecuadas realizaciones en el campo de la acción. En efecto, los pueblos viven de realidades y las teorías sociales y políticas se convierten en estériles cuando se transforman en hechos o en conquistas.

En resumidas cuentas, cuando el 23 de marzo de 1919 Mussolini fundaba en Milán los «fascios de acción», existía, sí, el deseo, por parte de muchos, de reaccionar ante el estado de desorden y anarquía en que se hallaba inmerso el país; pero, todavía, no se había elaborado ningún programa político ni ninguna ideología fascista.

Hasta los años treinta no apareció en Italia la primera edición de *La doctrina del fascismo*, de Benito Mussolini, libro destinado a llenar el vacío doctrinario de casi una década. «Al igual que toda concepción política de cierta solidez —escribía el autor— el fascismo es práctica y es pensamiento, acción a la que una doctrina es inmanente, y doctrina que, al surgir de un sistema dado de fuerzas históricas, queda inserta y opera desde dentro»; y un poco más adelante añadía: «Para el fascismo el mundo no es este mundo material que surge a primera vista y en que el hombre y el individuo, con independencia de todos los demás y por sí solo, viene gobernado por una ley natural que instintivamente le lleva a vivir una vida de placer egoísta y momentáneo. El hombre del fascismo es un individuo que, al mismo tiempo, es nación y es patria...»

Inútil es decir que es difícil encontrar, hoy, el verdadero significado de las palabras escritas por Mussolini; es posible que aquéllas estuviesen destinadas a servir de palanca al sentimiento y a involucrar en las perspectivas del régimen a todo el pueblo italiano. El acertado análisis de los hechos y de los orígenes ha demostrado que el fascismo sólo tuvo justificación de carácter práctico, mientras que en el plano teórico siempre osciló entre la incertidumbre y el exceso.

En cuanto a la actitud de Croce frente al fascismo, en septiembre de 1943, Laterza publicó la primera edición de *Propositi e Speranze*, una breve recopilación de escritos que van desde 1925 a 1942, todos ellos en extremo polémicos frente al fascismo que, una vez constituido en régimen, cayó en el desprecio e incluso se vió desafiado por todos los liberales que habían permanecido fieles a sus principios. En un escrito de octubre de 1925, titulado *Los intelectuales y el fascismo*, Croce se expresó de la siguiente manera:

*La cosa resulta curiosa, mas si después lo pensamos mejor, es también enteramente natural, porque el "fascismo" ha sido un movi-*

*miento de defensa del orden social, patrocinado, en primer lugar, por los industriales y agricultores y, en cuanto tal, no sólo es indiferente a la literatura y a la cultura, sino íntimamente hostil, al ver que de la cultura y del pensamiento han venido todos los peligros (pero sin advertir que de allí también han venido las fuerzas, el progreso, el honor y el esplendor) del orden social. Por consiguiente, los intelectuales se equivocan cuando esperan que aquel partido sea luego para ellos; se hacen falsas ilusiones cuando, con vanidad, creen que podrán fijar las metas del partido y sobreponer su cerebro al cerebro, o en cuyo caso al cuerpo, del partido.*

En concreto, Croce juzgaba poco coherentes a aquellos hombres de cultura que trataban de acercarse al fascismo con la secreta esperanza de transformarlo desde el interior y de dejar al descubierto las graves amenazas de dictadura que ya gravitaban sobre la nación. ¿Por qué razón iban ellos a conseguir estima y consideración en el seno de un partido que sólo había nacido de la acción y para la acción? Este observaba y dispensaba a los intelectuales que se habían colocado al servicio de Mussolini una acogida fría y enojosa, un tratamiento en cierto modo amable, pero poco ceremonioso. Si ellos, al recordar su antigua fe en la libertad, no mostraban la más mínima intención de aprobar cualquier idea o proyecto de ley, eran amenazados con la expulsión y obligados a justificarse, a achicarse, a prometer docilidad y sumisión, a desdecirse de lo que ya había dicho, a someterse a la voluntad superior.

El fascismo tenía razón al desconfiar de los intelectuales, porque de sus filas habían salido los Turati, Serrati, Gobetti, Amendola y muchos miles más de opositores. El socialismo y el comunismo eran ideologías que contaban con las masas populares, pero nacidas en la mente de algunos estudiosos de extracción burguesa. La atmósfera de incertidumbre y perplejidad que gravitaba sobre el país no precisaba de las especulaciones filosóficas de artículos y tratados polémicos, para poder ver que su orden y su firmeza, su supina aquiescencia a las disposiciones del Gobierno iban desapareciendo poco a poco.

Pero, si los hombres de cultura se equivocaban cuando dedicaban sus simpatías al fascismo, también Croce se confundía cuando dirigía sus críticas a los hombres de cultura.

La publicación, en un solo volumen, de *Pagine politiche*, se remonta al año 1945; en un artículo denominado «¿Quién es fascista?»; leemos:

*... el fascismo y el nacismo fueron un hecho o un morbo intelectual y moral, no ya clasista sino de sentimiento, de imaginación y voluntad genéricamente humana, una crisis nacida de la fe perdida*

*no sólo en el racionalista liberalismo sino también en el marxismo, que a su modo era racional aunque materialista y que fracasó al prometer la puesta en práctica de una sociedad libre de iguales y al dar lugar a un régimen absolutista y de privilegiado clasicismo burocrático.*

Si comparásemos, ahora, esta última valoración con la anterior, podríamos preguntarnos lo siguiente: ¿Cuál de las dos es cierta? ¿Fue el fascismo, más que nada, un movimiento de clase, patrocinado, ante todo, por los industriales y agricultores, o más bien un morbo moral que contagió a diferentes clases sociales y causó víctimas en todas las clases sociales? Es difícil poder contestar con rotunda claridad.

Quizá, la contradicción pudiera ser aclarada al leer *Storiografia e idealità morale*, libro que recoge las últimas lecciones dadas por el filósofo en el Instituto de Estudios Históricos que él mismo fundó. ¿Por qué, a la hora de interpretar la historia deberán los idealistas rechazar el método materialista? Por que según Croce, éste se limita a los aspectos jurídicos y económicos, mientras que el juicio de lo histórico deberá ser *ético y político*.

Pero una distinción de este tipo no resulta plenamente convincente. En efecto, una investigación llevada a cabo de acuerdo con los cánones del materialismo histórico acabará por llevar necesariamente implícitos problemas éticos y políticos sobre los que es preciso meditar.

Si prestamos atención a las lecciones de Antonio Labriolo, Benedetto Croce se había, de algún modo, acercado en los años de su juventud, a los principios del marxismo, y cuando sucesivamente se alejó de ellos no consiguió borrar por completo de su mente las huellas del mismo. Por este motivo, mostrándose tolerante con aquel eclecticismo que también había criticado desde un plano puramente lógico, pudo recoger más datos sobre los que basar sus principios polémicos; fue «liberal» en la polémica contra Napoleón I, «marxista» en su enfrentamiento con los intelectuales fascistas, «trozkista» en su identificación de los males del stalinismo, y así sucesivamente.

FRANCESCO LEONI

